

Estas nociones, de pronunciado sabor alejandrino, están confusamente desleídas en una prosa harto redundante; si Abengabirol no hubiese conocido á Plotino y á Proclo, como algunos pretenden, su originalidad sería profunda y característica. Parece que los conoció, aunque indirectamente.

Tuvo pocos discípulos; los mismos judíos lo olvidaron, teniéndole acaso por demasiado heterodoxo. Dentro del movimiento generador de la escolástica, Abengabirol fué aplaudido por Duns Scott y combatido por Tomás de Aquino; pero ambos le tuvieron en mucha cuenta (1).

El judío de Zaragoza, Bahya ó *Ibn Badja*, ó Ba'hyaben Joseph ibn Pakouda, escribió á fines del siglo xi dos libros de entonación mística y moral: «Obligación de Corazones» y «Reflexiones sobre el alma». Su biografía es mal conocida y muchos autores le confundieron con el árabe Avempace. Considera á Dios como la Unidad absoluta, en quien se funden la existencia y la eternidad. El problema de la libertad escapa á la reflexión humana; el hombre le parece libre

(1) Sobre Abengabirol, véase: Ad. Franck: «Etudes orientales», Paris, 1861; S. Munk: «Mélanges, etc.», Paris 1857-59; Emile Charles; Artículo en el Diccionario de Franck,

en la medida que Dios así lo quiere. El supremo bien está en amar á Dios; ese principio le aproxima á los místicos cristianos, á la manera de Ruysbroeck, tendencia que reaparece en la mística española del siglo xvi. Muy influenciado por Al Gazel, y poeta como todos los pensadores orientalizados, muéstrase esquivo al peripatetismo oriental y francamente hostil á los eruditos, que tiene por descarriados.

El rabí de Córdoba *Abensaddik*, ó Joseph ibn Caddip (1080-1149), fué autor de una «Lógica» y del tratado «Mikrokosmos» (1140). En el último quiere probar á Dios partiendo de la contingencia del mundo, en cuanto éste se manifiesta por accidentes transitorios y aquél es la Unidad imperecedera.

Considerado el hombre como un microcosmos, puede elevarse hasta Dios mediante el conocimiento de sí mismo, que le permite perfeccionarse incesantemente.

Su misticismo se encuentra acentuado en Jehuda. Ha Levi, ó *Juda Halevi*, nacido en Toledo por el 1085. Médico y filósofo, fué empero más fecundo como poeta. La fe y la tradición parécenle más útiles que la ciencia; el mejor instrumento del conocimiento es la profecía, que considera como una enseñanza sobrenatural. Su «Cuzary» es un libro que en la actualidad diría-

mos intuicionista (1). No estima á los filósofos; es antiperipatético y mira con igual desconfianza á los que aprenden algo de Aristóteles ó de Platón. Es un espíritu sectario y cree que el estudio daña á la fe judía. Su psicología no presenta ninguna originalidad y muchos la consideran copiada de Avicena. Este curioso propagandista religioso tiene escasa significación para la historia de la filosofía.

Cuando la invasión de los almohades, refugiáronse los judíos en Toledo, que se convirtió en centro importante de su cultura. Allí escribió el médico Abendaud ó *Abendavid*, ó Abraham ibn Daud (1110-1180) su libro «La Fe Sublime», en que se opone abiertamente al misticismo tradicionalista de los precedentes. Cree que el conocimiento filosófico no se opone á la fe y procura conciliar la Biblia con Aristóteles. En todos los problemas filosóficos que trata muéstrase ecléctico y sin originalidad, así como en algunos escritos históricos y de otra índole; nunca tuvo prestigio. Fué su contemporáneo *Abenesra* ó Abraham ibn Ezra, de Toledo (1088-1167), personaje de vida novelesca y más dado á escribir que á pensar lo que escribía. Todos los asuntos

(1) Publicado en la «Colección de filósofos españoles y extranjeros», Victoriano Suárez, Madrid, 1910.

éranle fáciles y en todos daba un golpe en el clavo y ciento en la herradura. Sus elucubraciones filiológicas y sus divagaciones astronómicas afectan una erudición tan insegura como la de sus «Comentarios» á la Biblia, dignos de interesar la curiosidad de los eruditos en historia religiosa. Sus «Fundamentos del temor de Dios», tratan sin originalidad los mismos problemas filosóficos que reaparecen en los libros de sus predecesores, aunque en todas sus obras se acentúa considerablemente la influencia neoplatónica.

El moderno libro de L. G. Lévy ha presentado en su conjunto la vida, las doctrinas y la influencia del más ilustre filósofo de la España judía: *Maimónides* ó Moisés ben Maimón (1135-1234) (1), natural de Córdoba. Su cultura abarcaba todo lo que en su tiempo podía aprenderse; era astrónomo, comerciante, médico, teólogo, exegeta y filósofo, tocándole soportar una azarosa vida llena de penurias. Sus obras médi-

(1) L. G. Lévy: «Maimonide», París, 1911.—Ad. Franck: «Philosophie et religion», París, 1867.—V. Cousin: «Hist. génér. de la Phil.», lección VIII.—«Le Guide des Egarés, traité de théologie et de philosophie» fué editada magistralmente por Munk, en París. III volumen, 1856-61-66.

cas, teológicas y filosóficas, son valiosas, aunque su originalidad es desigual. Estudió las fuentes judías con tanto empeño como las griegas y las árabes, impregnándose sobre todo de Aristóteles, de Avicena y de Alfarabi, de quienes se separa resueltamente en muchas cuestiones particulares. Su fondo es crítico y renovador; no considera inconciliables la razón y la fe, creyendo que la filosofía debe ser el cimiento de la religión y renegando de la credulidad ciega. Pone en buscar la verdad un tesón é independencia extraordinarios, no desdeñándola cuando aparece en obras ajenas á sus creencias religiosas. Estrictamente juzgado, es un heterodoxo dentro del judaísmo, lo que le valió algunos censores hebreos junto á admiradores innumerables. Su justamente célebre «Guía de los descarriados» es en el judaísmo español lo que en la patología peninsular las «Etimologías» de Isidoro de Sevilla, con una más alta cultura y mayor amplitud de criterios; en muy grande consideración le tuvieron los escolásticos y nunca decayó su reputación de filósofo.

En sus obras teológicas muéstrase muy libre comentarista de la Biblia y del Talmud, señalando sus errores é indicando la necesidad de corregir las interpretaciones que reputa falsas. El «Código de Maimónides» es un monumento

en la historia de la teología hebrea; es gran mérito suyo la sistematización dogmática y moral del judaísmo. Niega que deba creerse en lo absurdo é irracional; inclínase á subordinar la fe á la razón, aunque supone que ésta se resuelve al fin en auxiliar de aquélla. Cree en Dios porque se puede demostrar su existencia y cree que Dios es Uno porque es incorpóreo, entendiendo que la unidad y la incorporeidad son sus atributos esenciales. Concibe el origen del mundo como un milagro, creencia que juzga de carácter necesario. Cree que toda ciencia es útil para conducir al conocimiento de Dios y á la metafísica, que reputa la ciencia suprema.

En esa sobreposición de la metafísica á las ciencias, renueva la división aristotélica, que reaparece también en su magnífica psicología; de ésta tiene un concepto que hoy diríamos biológico y funcional, no obstante su intelectualismo racionalista. Considera exclusivamente humano el intelecto racional y le opone la imaginación, común á los animales. Su teoría del conocimiento se inclina al empirismo sensacionista y no vacila en proscribir la intuición y el éxtasis como instrumentos del conocimiento.

La misma inspiración aristotélica se advierte en su física y es más aristotélico aún en su astronomía, no comulgando con Tolomeo. En su

ética se transfunde el vigoroso sentir del maestro presentando, sin embargo, aspectos interesantes y acentuaciones originales. Docto en medicina é higienista práctico, puso en la salud las bases de la bondad individual, considerando que el equilibrio de las funciones corporales es condición indispensable para la estabilidad y el enluzamiento del carácter. Concibe al individuo como elemento de la sociedad; estimula el ejercicio de las relaciones con los semejantes y pone en primer término el cumplimiento de los deberes sociales. Condena, por ende, el celibato y el monarquismo.

Tan complejos pensamientos, coordinados en una inmensa obra, admiran, no obstante, lo relativo de su originalidad. Maimónides es el más grande aristotelista de la escolástica judía y es seguro que en ese tiempo no hubo uno igual en la cristiana. Para su época y su medio, muéstrase libre y osado; condescendió con las preocupaciones de su religión en materia teológica, oponiendo una voluntad ortodoxa á sus inclinaciones racionalistas.

En esta culminación magnífica se apaga súbitamente la filosofía hebreo-española (1). Parece

(1) En el siglo XIV no se mencionan filósofos judío-españoles. En el XV escribió el aragonés Joseph Ibn-

que la raza, en su provisorio descanso peninsular, hubiérase detenido un momento á meditar sobre el destino humano en sus relaciones con la divinidad. Obligada á seguir viviendo en equilibrio inestable, fáltale más tarde el acicate de un hogar, que la simple esperanza no reemplaza. Sólo un momento se detiene y culmina en un genio; cuando Spinoza, el holandés de origen lusitano, busca inútilmente la divinidad en la altura y acaba por sentirla en la Naturaleza toda, no ya creada por Dios ni de él emanada, sino panteístamente deificada por un admirativo sentimiento humano.

V.—LA CULTURA CATALUÑO-ARAGONESA

Aragón, Cataluña y Valencia presentan una relativa unidad cultural en la historia peninsu-

Caspi, y el castellano Joseph Albo, de Soria, autor de los «Principios fundamentales del judaísmo» (1425), obra conforme á la teología hebraica. Abraham Bibago, de Huesca, compuso el «Camino de la fe» (1470) y otros libros. Joseph ben Schem Tob, en Segovia, escribió en 1455 un valioso comentario de la «Ética á Nicomaco», de Aristóteles; su hijo, Sem Tob, es autor de comentarios y de tratados teológico-religiosos. (Datos de S. Munk, obras citadas.)

lar. Sus condiciones geográficas fueron propicias á un constante intercambio de cosas y de ideas con la Europa mediterránea; por otra parte, durante los siglos medioevales se influenciaron constantemente de las culturas árabe y hebrea que florecían á su occidente.

España—fuera absurdo negarlo—es una coaptación de estados diversos que la geografía peninsular predestina á vivir confederados. La unidad realizada á fines del siglo xv es pura y simplemente política: cada provincia ó región conserva tradiciones propias y tiene intereses heterogéneos. Dentro de la gran patria geográfica y política subsisten las pequeñas nacionalidades históricas y sociales. La unidad de herencia—que es la historia—y la unidad de educación—que es la cultura—dan cierta fisonomía particular á las provincias orientales de la península, que baña un mismo mar desde Perpiñán hasta Valencia y riega el Ebro desde Tudela hasta Tolosa.

Jaime de Aragón tomó á Valencia; los abuelos del valenciano Luis Vives sirvieron en los ejércitos de Aragón; Lulio nació en Mallorca y se educó en tierra firme; Servet dividió sus primeros estudios entre Zaragoza y Barcelona; los intelectuales catalanes figuraron en el partido aragonés en tiempos de Carlos III; hoy mismo,

para abreviar, Ramón y Cajal, nacido en Zaragoza, fué profesor en Valencia y en Barcelona, antes de emigrar á Madrid.

En esta Cataluña grande—florecente sobre los lados de un equilátero imaginario que tiene sus tres ángulos en Barcelona, Valencia y Zaragoza—, más vasta que la raquítica provincia del mapa político actual, sobra la tradición del pensar hondo y vasto.

En el período de la colonización griega, anterior á la cartaginesa, hubieron en el litoral mediterráneo escuelas y academias. Esas manifestaciones de cultura se acrecentaron bajo la dominación romana, introduciéndose estudios de ciencias y derecho; en tiempos de Sertorio, el vencedor de Sila, fundáronse en Osca (Huesca) varias escuelas importantes, con maestros griegos y romanos.

En los siglos que corren del viii al xi, bajo el Gobierno árabe, la cultura romanovisigoda se extinguió, ó poco menos, en la península; solamente en Navarra y Cataluña persistió algún amor por las ciencias y las letras, gracias á la no interrumpida relación con Francia y con Italia. Menciónanse estudios canónicos y de ciencias, siendo indudable que á ellos concurrieron algunos estudiosos del país vecino. En Zaragoza los «Estudios», de origen romano, estaban flore-

cientes en el siglo XII y de ellos se formó más tarde la Universidad. Lérida era un centro cultural de primer orden y en toda la región hubieron notables bibliotecas. La escuela de Montpellier, incorporada transitoriamente á los estados catalano-aragoneses, fué la más famosa de su época para la enseñanza de la medicina.

El arrianismo, introducido en el siglo V por la invasión visigoda, tuvo aquí poca fortuna. La influencia cristiana predominó muy pronto, hasta producirse el advenimiento musulmán. El condado de Barcelona (siglo IX), nunca dejó de sentir influencias francesas é italianas. Del siglo X al XV, Barcelona compartió con Génova y Venecia el imperio comercial del Mediterráneo; su famoso código (1258), llegó á ser fundamental en el derecho marítimo de la Edad Media. Algunos reyes de Aragón favorecieron singularmente las artes y las ciencias, fundando Universidades; las de Zaragoza, Barcelona, Huesca, Gerona, Lérida, tuvieron importancia, siendo muchas de ellas cerradas por los reyes de la España católica, á principios del siglo XVIII, con motivo de la guerra de sucesión. En Valencia, definitivamente tomada á los moros en 1238, por Jaime I de Aragón, y muy luego anexada á la corona de Castilla, la Universidad fundada por los Reyes Católicos corrió igual suerte que las

anteriores, por la misma causa. Estas regiones, en suma, florecieron culturalmente bajo la dinastía aragonesa (1) y fueron más tarde arrasadas á la común penumbra española, al pasar bajo la hegemonía castellana.

La corte de Jaime I el Conquistador (1213-1276), señala el comienzo del desarrollo cultural en Aragón y Cataluña. Al mismo tiempo que la suya Alfonso el Sabio, D. Jaime escribía personalmente la Crónica del reino de Aragón. En su reinado fué compuesto el «Libro de la Saviesa», de índole didáctico-moral, género que floreció en abundancia. Siguiendo el real ejemplo escribieron sus crónicas Bernardo Desclot y Raimundo Muntaner. Las letras fueron honradas, aunque en idioma catalán, circunstancia que vino á excluirlas de la historia literaria española con la ulterior hegemonía del idioma castellano.

Aumentadas las relaciones con Francia é Italia á fines del siglo XIII, la región catalana hubo de ellas considerables beneficios intelectuales. Abundaron los trovadores; muchos reyes cultivaban la poesía; la didáctica moral prosperaba. En el siglo XIV hubo una verdadera escuela literaria

(1) Datos sobre escuelas y universidades aragonesas, ver Paul Melon: «L'enseignement supérieur en Espagne», París, 1908.

catalana, cuyos comienzos nada tenían que envidiar á los de la otra escuela que nacía en Castilla. Eran dos naciones, dos mentalidades, dos idiomas, dos organizaciones independientes. Nadie, por otra parte, pensaba en la unidad política peninsular, ni la reunión de dos ó tres coronas bastaba para fundarla, siendo tantas las existentes. El mar y la montaña habían perdido su valor político. Los estados catalano-aragoneses habían traspasado los Pirineos y se extendían por Francia, al mismo tiempo que en Italia y Sicilia á través del Mediterráneo. En cambio, los estados castellanos veíanse obligados á compartir el resto de la península con otras dos nacionalidades: la musulmana y la portuguesa.

En 1300 Jaime I fundó en Lérida la primera Universidad catalana, para que los estudiantes no estuviesen precisados á asistir á la de Tolosa. Carlos IV constituyó, á mediados del siglo, las de Huesca y Perpiñán. En Zaragoza fundaron los mudéjares una universidad en la morería, para enseñar medicina, filosofía y ciencias. En Valencia hubo escuelas superiores desde tiempos de Jaime I, convertidas en universidad en 1500. Barcelona tenía una academia de ciencias desde principios del siglo xiv, convertida en Estudios Generales en el siglo xv.

Siguen creciendo en los estados catalano-ara-

goneses las influencias italiana y francesa en la literatura, la árabe en la teología y la judía en la medicina. Culminan las letras en el reinado de Alfonso V, á impulsos de ese contacto, con variadas culturas extranjeras; la influencia provenzal en la poesía catalana es pronto suplantada por la italiana. Antes del siglo xv comienza á refluir sobre Italia la cultura de Aragón, cuyos dominios llegaron á poner una pica en Grecia, en el episódico dominio de Atenas.

Por ese tiempo la cultura científica y filosófica de Aragón y Cataluña aparece más interesante que la de Castilla; mientras en ésta florecen el derecho y las letras, forjándose el idioma, en aquéllas la doble influencia árabe y europea se dejan sentir en el pensar hondo y filosófico, que pronto culmina en el Doctor Iluminado. La misma evolución operada dos siglos antes en las teologías árabe y judía hasta llegar á Averroes y Maimónides, se observa en el reino de Aragón para la teología cristiana. La escolástica cataluño-aragonesa se transforma y sigue el movimiento europeo que remata en Tomás de Aquino, inscribiendo el nombre ilustre de Raimundo Lulio en la historia de la filosofía (1).

(1) Interesantes datos sobre la cultura cataluño-ara-

A principios del siglo XIII alcanzó renombre como teólogo y erudito el dominico catalán Raimundo de Pennafort. El derecho canónico había sido coordinado en 1151 por el teólogo toscano Gracián en sus famosas «Decretales», colección en que se incluían las «Falsas Decretales» (atribuidas á Isidoro de Sevilla, á Isidoro Mercator y á otros), por ser muy papistas y favorecer la supremacía de los pontífices sobre los concilios. La recopilación de Gracián fué oficializada por Eugenio III, siendo varias veces aumentada y corregida. En 1239 Gregorio IX encargó á Pennafort la continuación de las «Decretales», que por ese entonces alcanzaban á cinco tomos. A esta labor escrita debe agregarse la poderosa influencia que ejerció sobre Raimundo Lulio, decidiéndolo á la vida estudiosa y contemplativa (1).

Fué de su tiempo Pedro de España, nacido en Lisboa, hijo del médico Juliano; estudió medici-

gonesa en los siglos XIV y XV se consignan en el trabajo de Agustín Calvet sobre «Fray Anselmo de Turmeda» (revista «Estudio», Barcelona, 1914).

(1) T. Carreras y Arnau: «San Raymundo de Pennafort.—Nota de su concepción ético-jurídica». Conferencia en el primer Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Barcelona, 1908.

na y teología alcanzando gran erudición. Este eminente discípulo de Tomás de Aquino contó entre los más célebres doctores de París. Su fama creció en la Iglesia y en 1276 fué elegido papa (Juan XXII), situación que empleó en favorecer á Raimundo Lulio. Su «Compendio Lógico» ó «Summulae» es un tratado poco original y debió su notoriedad al rango de su autor, por lo que fué muy comentado y discutido.

La más alta lumbrera de la cultura aragonesa fué sin duda, RAIMUNDO LULIO, nacido en Palma de Mallorca, en 1235. Grande y original, sin disputa, su fama ha sido acrecentada por una vida novelesca y por peregrinas ideas que abigarran sus escritos. Educóse en el palacio de Jaime I y llevó vida galante hasta que una dramática aventura de amor le decidió por una disciplina estudiosa y austera. Contemporáneo de Rogerio Bacon, le igualó en fama, aunque no es trascendencia. Al pasar de la vida galante á la mística, siguió siendo un hombre de aventuras en el terreno de las ideas. Sin método ni orientación aplicó su imaginativo ingenio á crear un método nuevo que, en su entender, debía ensanchar desmesuradamente el dominio de los conocimientos humanos.

Ermitaño durante una década, tuvo tiempo de acumular vasta ilustración y entregarse á sin-

gulares meditaciones. Cultivó las ciencias y la filosofía con el fin de utilizarlas para probar y esparcir en el mundo entero la doctrina cristiana. Estudió á los árabes para combatirlos mejor y recabó de ello el gran beneficio de ponerse en contacto con su alta cultura. Su obra capital, «Ars Magna», es un ingenioso documento de la mezcla de orientaciones y propósitos que le inspiraban. Su nuevo método debía simplificar el aprendizaje de los conocimientos humanos, dispensando de largos estudios y permitiendo saber con certidumbre todo lo que no se ha estudiado. El método ponía la lógica como base de la enseñanza de las ciencias y de la filosofía. Ideó una serie de cuadros movibles y superponibles que representaban las ideas abstractas y generales; sus variadas combinaciones mecánicas permitían fijar la exactitud de las proposiciones y la lógica de los razonamientos.

Mezclando estas fantasías con proyectos de cruzadas espirituales, obtuvo la protección de su compatriota el papa Juan XXII, continuada por Honorio IV, y consiguió que su método fuera acogido, comentado y explicado en toda la Europa católica. Obtuvo autorización para enseñar en París y más tarde en Montpellier, donde, para simplificar su método, escribió la «Ars inventiva» ó arte de descubrir la verdad y demos-

trarla. Fué á Roma é interesó al papa Nicolás IV en favor de una cruzada espiritual entre los infieles, que á poco ensayó en Túnez, discutiendo con los doctores musulmanes. Corrió peligros y regresó á Nápoles, donde compuso su «Tabla General» y otros libros de filosofía, pasando á Francia en 1298, protegido por Felipe el Hermoso. Los doctores escolásticos aprobaron sus inútiles é ingeniosas demostraciones del misterio de la Trinidad, mostrándosele propicios en todo. Volvió á Africa y convirtió á algunos averroistas, naufragando en Pisa al regresar. Nada desalentó á este piadoso é incansable doctor, nacido para las aventuras. Enseñó de nuevo en París con gran resonancia (1310), dedicando al rey su tratado «De los doce Principios», escrito contra los errores de Averroes. En el concilio general de Viena (1311), propuso que sus métodos se adoptaran para la enseñanza teológica y pidió la exclusión absoluta del averroismo, que no obtuvo. En París publicó nuevas obras científicas y teológicas, partiendo otra vez para su cruzada espiritual en Africa; gravemente maltratado por los moros, fué recogido y murió al llegar á su isla natal.

La celebridad de Lulio guarda proporción con su actividad de escritor y propagandista, así como también con la inutilidad de sus invenciones